

***IDENTIDAD: UNA PRACTICA INSTRUMENTALIZADA DE CONSUMO EN LA  
OBRA MODERNIDAD LIQUIDA DE ZYGMUNT BAUMAN***

**ANDRIWN FABIAN GOMEZ YEPES**

**UNIVERSIDAD CATOLICA LUIS AMIGO  
FACULTAD DE EDUCACION Y HUMANIDADES  
PROGRAMA DE FILOSOFIA  
MEDELLIN**

**2018**

## LA NOCIÓN DE IDENTIDAD DESDE ZYGMUNT BAUMAN

*Uno solo investiga a fondo el valor de algo cuando se desvanece  
ante nuestros ojos, cuando desaparece o se desmorona.*

*Z. Bauman*

La pregunta por la identidad puede hacerse de muchas formas, pero la respuesta más que la aproximación a una definición concreta, es una relectura de la sociología moderna que apunta hacia la deconstrucción. Precisamente el sociólogo Zygmunt Bauman hace un hábil acercamiento al concepto de identidad, noción que, por su propia naturaleza, resulta elusiva y ambivalente. Un estado de evasión que confronta la realidad de los seres humanos en una época de la historia cada vez más fluida; al punto que para el autor la identidad pasó a ser algo completamente líquido, a la vez que poco tangible, y lo demuestra con el siguiente ejemplo:

Cuando me concedieron el doctorado *honoris causa* en la Universidad de Praga era una vieja costumbre reproducir el himno del país nata del homenajeado y me preguntaron qué himno quería que sonara...Pues bien, no me resulto fácil dar una respuesta; dado que, renuncie a mi identidad polaca al irme a la Unión Soviética y luego, Reino Unido fue el país que yo elegí y que me eligió a mí a través de una oferta de trabajo como profesor universitario y en el estoy como en mi casa, pero allí soy un inmigrante, un refugiado procedente de un país extranjero, un extraño. Janina, mi compañera de toda la vida encontró la solución: ¿y por qué no el himno europeo? Y eso fue lo que pedí; sin duda, europeo sí que era y nunca lo he dejado de ser: nacido en Europa, que vive en Europa, que trabaja en Europa, que piensa y siente como europeo (Bauman, 2010, p. 27-29).

El suceso que narra el propio Bauman da cuenta de lo móvil que se presenta actualmente el concepto de identidad; evidente desde el momento en que debió decidir que se interpretara el himno europeo como una forma “inclusiva” de aceptar la realidad que abrazaba la referencia a ambas alternativas de identidad en él, pero al mismo tiempo se presentaba “excluyente”, porque las anulaba como menos relevantes o irrelevantes por las diferencias existentes entre ellas, eliminando como prioridad la identidad concebida en términos de nacionalidad: tipo de

identidad de la que se había sentido excluido. En referencia al acontecimiento, resulta apropiado citar las palabras de Stuart Hall (1993):

Como la diversidad cultural es, cada vez más, el destino del mundo moderno, y el absolutismo étnico un rasgo regresivo de la última modernidad, ahora el peligro mayor proviene de las formas de identidad cultural y nacional –nuevas y viejas– que intentan afianzar su identidad adoptando modalidades cerradas de cultura y de comunidad y negándose a comprometerse con los peliagudos problemas que provoca intentar vivir en la diferencia (pp.349).

Esta advertencia en las líneas de S. Hall y en el argumento de Bauman evidencia la fragilidad del proceso por el que pasa la identidad. Pensar de hecho en una forma cerrada de dicha noción en la actualidad, acarrearía problemáticas de impacto individual y social intolerables. Por lo que se cree que, repensar la antigua forma de hacer las cosas es lo más viable, para dar así comienzo a lo que aún está latente y por definir. Justamente esa brecha entre las reglas que ya no sirven y las que se deben inventar o construir, es lo que debería mover las prácticas modernas del ser humano para que lleven a entender la nueva forma de funcionar en sociedad. Por esta razón, Bauman llega a la conclusión de que es mejor no buscar respuestas tranquilizadoras en texto establecidos, porque sería una búsqueda infructuosa y tan fútil como intentar vaciar el océano con un cubo. Ahora, lo que requiere la inseguridad que causa vivir en sociedad (según el sociólogo) es un estudio paciente y continuado de cómo los individuos se sitúan en ella.

A causa de lo crítico que resulta su análisis de la nueva era moderna y los efectos que de ella se desprenden para la vida en sociedad, Z. Bauman concede una entrevista a la periodista Glenda Vieites, donde se afirma que el autor reflexiona sobre las tensiones en que se constituye o intenta constituirse la identidad en nuestro tiempo, enfrentándose a la pregunta que relaciona el concepto (acuñado por él) de modernidad líquida con su noción de identidad, a la cual respondió de la siguiente manera:

En nuestra modernidad líquida, las obligaciones de vida demandan una necesaria fluidez; permanecer inalterado representa una siniestra perspectiva y aterradora amenaza. En un instante y sin ningún aviso, los activos se pueden transformar en deudas. De allí, la contradicción contra la que todos debemos pelear. Tener identidad significa estar claramente definido, sugiere continuidad y persistencia, pero

precisamente es esa continuidad y persistencia la que le otorga a la fluidez una tendencia algo suicida (Aquevedo, 2008, párr.2).

Una certeza que se puede apreciar con tan solo echar un vistazo a la globalización que ha alcanzado un punto sin retorno, donde todo tiende a ser en palabras del propio pensador: “provisorio, endeble, vulnerable, obligando al ser humano a revisar los planes que presuma a largo plazo” dado lo poco confiables y riesgosos que resultan como proyecto de vida. Lo que sí está claro, es que el presente no está unido al futuro, y que no hay nada en dicho presente que permita al hombre de hoy visualizar el porvenir. En consecuencia, todo pensamiento que se precise prolongado en el tiempo ya sea: obligaciones, compromisos, ideologías, reglas de conducta, relaciones, etc., se verán como pasos insensatos y hasta contraproducentes, perfilándose efectivamente en un sin sentido.

Es evidente a estas alturas que, el viejo orden mundial ha sido reemplazado por uno más fluido, con características que aún tienen que descubrirse. Pero nada enturbia el hecho de que el hombre de hoy (más que en cualquier otro momento de la historia) se ha visto más estrechamente abierto a los otros, gracias a la apertura global que trajo consigo esta desbordante experiencia de mundo. Ahora todos estamos interconectados y lo que pasa en un lugar del globo tiene repercusiones en todos los demás lugares; y se sobreentiende que bajo este nuevo orden planetario los hombres tienen un destino común. De ahí que la contestación a la pregunta por la identidad ¿quién soy yo?, y lo que es más importante la credibilidad continuada de la respuesta que se dé a dicha pregunta, no se pueda dar a menos que se tengan en cuenta los vínculos que conectan al hombre con otros hombres y que estos permanezcan estables, a la vez que confiables con el paso del tiempo.

Puede que a simple vista la petición de formar vínculos duraderos en un moderno entorno líquido resulte incoherente, irracional o absurdo (por todo lo dicho anteriormente), pero a pesar de lo descabellada que pueda resultar la idea y de los riesgos que se corren al intentarlo, se necesitan para resguardar el equilibrio entre los seres humanos, y el profesor Bauman (2010) lo confirma al expresar:

Aun así, las necesitamos, las necesitamos fatalmente, y no solo por la preocupación moral del bienestar de los otros, sino también por nuestro propio bien, por el bien de la cohesión y de la lógica de nuestro propio ser. Cuando hay que incorporarse y permanecer en relación de pareja, *el temor y el deseo se debaten por sacar lo mejor el uno del otro*. Luchamos afanosamente por la seguridad que sólo una relación

comprometida (¡sí, comprometida a largo plazo!) puede darnos y aun así tememos una victoria como una derrota. Nuestra actitud con los vínculos humanos tiende a ser dolorosamente ambivalente, y actualmente las probabilidades de resolver dicha ambivalencia son exiguas (p. 146).

No hay algo parecido a una salida fácil y menos cuando la que está en juego es la identidad. Como no es sencillo comprometerse con la ambivalencia que presenta, se buscan segundas soluciones y algunas de ellas se presentan temporales, otras como paliativos o placebos; al final, todo servirá si lo que se quiere es dejar de lado las dudas tormentosas y las preguntas sin respuesta, posponiendo el momento de la verdad, permitiéndose seguir sin rumbo de un lado al otro.

Pero, ¿A qué se enfrenta realmente el individuo al aproximarse a la noción de identidad? Bauman diría que se enfrenta a un peligroso campo de batalla, dado que la idea de identidad estuvo (desde que apareció) dividida en lo que es una contradicción interna. Un dilema doble que, debe servir a una propuesta de emancipación individual de un lado y un plan de membresía colectiva del otro. El primero, guarda el deseo de libertad (para autodefinirse y autoafirmarse); el segundo, una demanda de seguridad (un llamamiento comunitario o colectivo a una totalidad mayor que la suma de sus partes). Una guerra entre contrarios de la cual se pronuncia el pensador aduciendo que:

La búsqueda de identidad implica someterse a un fuego cruzado, a una convergencia de dos fuerzas opuestas. Una doble propuesta en la cual la pretendida identidad (identidad como problema y cometido) se debate y por la cual debe luchar en vano por emanciparse. Navega entre dos extremos de individualidad y total pertenencia, el primer extremo es inalcanzable, mientras el segundo se comporta como un agujero negro que debe absorber y eliminar todo lo que flota cerca de él. Cada que es elegido como destino, la identidad hace vacilar cualquier movimiento hacia dos direcciones (Aquevedo, 2008, párr.4).

En una guerra interminable como está no hay ganadores ni vencidos, solo una identidad que permanecerá siempre pendiente. Aunque hay quienes practican y disfrutan de la nueva inestabilidad, confundiéndola con una auténtica libertad, lo cierto es que, no es más que una provisoria identidad que de ninguna forma es un estado de libertad, sino más bien una obligatoria e interminable batalla por la liberación. Y aquel que está en el camino de la identidad es comparable según Bauman a un ciclista, cuya sanción por frenar un pedal es la

caída, mientras que continuar pedaleando es la respuesta para seguir en pie. Aquí, avanzar con las dificultades que presente el camino es el compromiso sin alternativa.

El balance hasta ahora, nos arroja un cambio de rumbo a un destino desconocido, guiado por el afán de dejar atrás el pasado más que por el deseo de trazar un futuro. Por lo tanto, el ser humano de hoy se encuentra a la deriva del presente, negando las bases de su propio futuro. El hombre moderno se deshizo de la pesada carga que representaban las identidades del pasado, quedando solo ante una crisis identitaria, donde nada es lo que parece. Entonces, si nada es lo que parece, la pregunta del ¿quién soy yo? y del ¿cómo me comporto con los demás en colectividad?, pasa a configurarse en la sociedad actual de consumo, donde el individuo explora a sus anchas un abanico de posibilidades infinitas donde puede ser quien quiera ser. Para Bauman la respuesta la tiene el *homo eligens* y dice:

La idea central de la identidad, a partir de la cual se podrá emerger con un cambio continuo, incólume y probablemente reforzado, es que el *homo eligens*, el hombre elige para sí mismo un estado de permanente no resistencia, de auténtica inautenticidad (Aquevedo, 2008, párr.7).

Ese *homo* no es otro que, aquel que se ve en la obligación de elegir constantemente proyectos episódicos, que se mueve en lo casual, mostrando que está dispuesto al cambio espontáneo y al estado de no dependencia como forma de sobrevivir al mundo incierto. Y como observó el autor Zygmunt B. (2008) en su obra *Sociedad Sitiada*: “Uno tiene que estar listo para viajar, en el espacio físico o en el social; y aquel que viaja con poco equipaje viaja más rápido y más cómodamente” (p.187-188). Y lo mismo pasa en el mundo de los negocios, como lo advirtió Richard Sennett (como se citó en Claudio Terán, 2012) “los empleados capaces son echados en vez de premiados, simplemente porque la organización debe mostrar que el mercado es capaz de cambiar” (p.61). En términos de Lipovetsky y Serroy (2015):

El individuo de hoy es más ecléctico y nómada: menos conformista y más exigente que en el pasado, aparece al mismo tiempo como un «drogadicto» del consumo, obsesionado por lo desechable, la rapidez, las diversiones fáciles...No ya vivir y sacrificarse por principios y por bienes ajenos a uno, sino a inventarse uno mismo, dotarse de reglas propias en pro de una vida bella, intensa, rica en sensaciones y espectáculo (p. 24-25).

Este es el mundo líquido de las identidades fluidas, en el que inequívocamente se ha creído que ser parte de la sociedad de consumo equivale a obtener y acumular posesiones, pero Bauman ratifica que la búsqueda del individuo actual se sitúa esencialmente en acumular sensaciones y reconocer en ellas la experiencia placentera cuando se presentan continuas y variadas. Un mundo en el que terminar rápidamente, pasar a otra cosa y comenzar de nuevo es el juego. Coincide el escritor Marshall Berman (1989) en su obra: *Todo lo sólido se desvanece en el aire*, en que, en tiempos de modernidad, ser modernos es:

encontrarnos en un entorno que nos promete aventuras, poder, alegría, crecimiento, transformación de nosotros y del mundo y que, al mismo tiempo, amenaza con destruir todo lo que tenemos, todo lo que sabemos, todo lo que somos. Los entornos y las experiencias modernas atraviesan todas las fronteras de la geografía y la etnia, de la clase y la nacionalidad, de la religión y la ideología: se puede decir que en este sentido la modernidad une a toda la humanidad. Pero es una unidad paradójica, la unidad de la des-unión: nos arroja a todos en una vorágine de perpetua desintegración y renovación, de lucha y contradicción, de ambigüedad y angustia. Ser modernos es formar parte de un universo en el que, como dijo Marx, «todo lo sólido se desvanece en el aire» (p. 1).

Luego, ser modernos termina siendo sinónimo de “libertad”, una libertad que se requiere para pasar de una cosa a otra en el menor tiempo posible. Sin embargo, la opción que no se tiene es la de ser libres para elegir detenerse, y la frase que utiliza el autor en esta ocasión es la de Ralph W. Emerson que (como se cita en Bauman, 2009) dice:

Cuando se patina sobre hielo delgado, la seguridad está en la velocidad. Y es tan cierto que el sociólogo lo esclarece a través de diferentes ejemplos; en el caso de la prensa escrita dice: “En estos medios de comunicación, los titulares deben cambiar día tras día para retener a sus lectores, administrándoles nuevas sensaciones y temores de forma regular (p.220).

Casualmente, bajo el sistema imperante, cosas tan triviales como la compra de una botella de agua o la de un celular se basan en lo mismo y Bauman lo entiende de la siguiente manera:

¿Se han fijado en el fenómeno de las botellas de agua?, hace quince años nadie llevaba de forma permanente una botella de agua, mientras que ahora todos lo hacen. Incluso tiramos la que llevamos en la mano para pasar el control del aeropuerto y en cuanto

estamos en el avión compramos otra. La lógica del sistema de consumo funciona así y ni que decir de la telefonía, siete millones de personas compraron el Iphone 4 el primer día que se puso a la venta y cuando salió el Iphone 5, nueve millones de personas lo compraron también el primer día, lo que significa probablemente que la misma cantidad de personas tiraron el que tenían para comprar el nuevo (Molina, 2013, párr.15).

En un entorno fluido constantemente mudable, la idea de duración perpetua o de valor duradero, impermeable al flujo temporal, no encuentra soporte en la experiencia humana, porque la velocidad de cambio encajó su golpe mortal en la idea de durabilidad, donde todo lo viejo o de larga duración se entiende en términos de anticuados o pasados de moda (dado que han perdido el valor agregado de la novedad) y su destino no debe estar lejos del cubo de la basura. El interés por estos objetos es tan leve que su servicio se da sobre la marcha, antes que el deseo por él se desvanezca, como seguramente sucederá enseguida. Por lo tanto, la utilidad sensata de las cosas en la actualidad está en reducir el tiempo en el que se separa el uso de un objeto, de su envío al cesto de la basura.

Otra de las propiedades visibles dentro de la sociedad de consumo que evidencian un marcado cambio en la noción de identidad ha sido la virtualidad: medio que le permitió al individuo tener acceso ilimitado a posibilidades ilimitadas de buscarse a sí mismo individual y colectivamente. Para aproximarse a ella hay que “surfear” (navegar) sin llegar a caer en lo cenagoso de sus aguas, porque de ser así, se experimentaría la falsa idea de poseer el control, de que en verdad se sabe lo que hace, que lo manejas, cuando en realidad ya no se tiene la facultad para detener el proceso de apropiación en el que tiene.

El mismo Bauman explicó que para esta líquida vida moderna, todo lo que está bajo la superficie tiene una apariencia traicionera, y que el único espacio que promete una relativa seguridad es la superficie (desde donde se pueden ver las potenciales amenazas y emprender la huida rápidamente cuando se vea necesario) pero moverse debajo de ella es exponerse a buscar problemas. Esta es la descripción que mejor define las nuevas y variadas relaciones que se ejercitan en la red o el ciberespacio, donde las personas suelen poner en juego su identidad.

A través de la navegación en “red” el entramado de conexiones, se extiende a nivel mundial, creando sociedades virtuales; no obstante, resulta paradójico que lo que distingue a esa variedad de relaciones interpersonales es la facilidad para la desconexión. En otras palabras, conectarse tiene por objeto construir vínculos sociales, pero el verdadero énfasis está en la

facilidad para desmontar esos vínculos, tan fáciles de romper como de formar. Esto tiene su razón de ser según Bauman (2010) porque:

Una vez que la identidad pierde todos los anclajes *sociales* que hacen que parezca “natural”, predeterminada e innegociable, la “identificación” se hace cada vez más importante para los individuos que buscan desesperadamente un “nosotros” al que puedan tener acceso (p.57).

La molestia de tener que lidiar consigo mismos encuentra su aparente respuesta en los medios tecnológicos y en la medida en que se esté conectado en la red. Así mismo, el autor citando a Charles Hardy (como se citó en Bauman, 2010), “por muy divertidas que sean estas comunidades virtuales, solo crean una ilusión de intimidad y una pretensión de comunidad” (p. 59). Además, dichas comunidades no pueden dar sustancia a la identidad personal; si acaso dificultan que cada uno pueda asumir su propio ser. Bauman explica el porqué de esto de la siguiente manera:

...esta maravillosa tecnología no solo no te abre la mente, sino que es un instrumento fabuloso para cerrarte los ojos. ¿Por qué?, porque te protege a ti mismo de las posibilidades multiformes que te ofrece la vida. Hay algo que no puedes hacer offline, pero sí online: blindarte del enfrentamiento con los conflictos. En internet puedes barrerlos bajo la alfombra y pasar todo tu tiempo con gente que piensa igual que tú. Eso no pasa en la vida real: en cuanto sales a la calle y llevas a tus hijos al colegio, te encuentras con una multiplicidad de seres distintos, con sus fricciones y sus conflictos. No puedes crear escondites artificiales (Suárez, 2016, párr.8).

Que en la actualidad se hable con flamante entusiasmo de “redes”, “conexiones” y de “relaciones” no es más que una manera de recordar lo reales que fueron alguna vez esas redes entretejidas de conexiones sólidas y seguras, que hoy en día solo se desmoronan. Ahora mismo, los seres humanos se encuentran bajo la influencia del uso y consumo de las relaciones humanas, siendo a la vez consumidores y mercancías. Al parecer no es mucha la distancia que se guarda en el ciclo de consumo: entre una botella de agua o el celular que se encuentra a la moda con la forma como los hombres se tratan unos a otros (imitando el bien de consumo: comenzando por la venta y terminando con la eliminación del residuo). Aun así, Bauman (2010) es esperanzador al respecto y hace recordar que:

Puede que los seres humanos se hayan reciclado como bienes de consumo, pero no se puede hacer que los bienes de consumo sean humanos. No en el tipo de humanos que inspiran nuestra desesperada búsqueda de raíces, de parentesco, de amistad y de amor. No en esos humanos *con los que uno se puede identificar* (p. 199).

Pese a todo, ya no se cree que la sociedad funcione adecuadamente, que de tener principios sólidos (aunque esperanzados y justos de los sondeos humanos) pasó a ser un jugador sagaz y astuto que engaña cuando se le presenta la oportunidad, burlándose de las reglas a voluntad. Convirtiéndose en un hábil maestro que coge desprevenidos a los demás jugadores. Ahora, la sociedad no da órdenes; solo pide que cada uno conserve las suficientes fichas en la mesa para no salir del juego. Su poder antes inscrito en la coacción dura, aparece hoy ejerciendo sobre los individuos su carácter más evasivo y volátil, haciendo sus movimientos erráticamente impredecibles. La única estrategia acertada para tratar a esa jugadora evasiva es pagarle con la misma moneda.

Aun así, los hombres y mujeres de esta época son movidos a antojo y de forma desprotegida dentro del juego de los grandes jugadores, siendo fácilmente degradados y eliminados cuando estos deciden que ya no son útiles. Se convierten entonces en los excluidos, los que ya no encajan en la dinámica dominante y hay que encontrarles su lugar; uno que les recuerde que la identidad de “ellos” es diferente a la identidad del selecto grupo de “nosotros”. En este constante forcejeo el autor reconoce que:

Las batallas de identidad no pueden cumplir su función de identificación sin dividir tanto o más de lo que unen. Sus intenciones globales se entremezclan con (o más bien se complementan con) intenciones de segregar, eximir y excluir (Bauman, 2010, p.150).

A pesar de que los conflictos son arduos y de que constantemente constituyen una amenaza contra la integración social y la seguridad individual a la vez que provoca un estado de ansiedad. Hay que aceptar que la noción de identidad sigue siendo un proceso (cuyo hogar natural es el campo de batalla), que trae consigo un amasijo de “identidades” que flotan en el aire (algunas elegidas por uno mismo y tantas otras involuntarias, impuestas por aquellos que nos rodean). Una situación claramente ambivalente que exige estar alerta para defender las primeras de las segundas. Ellas entrañan una lucha en simultáneo contra la disolución y la fragmentación. Ahora no hay que desconocer dice Bauman (2010) que:

Cada uno de nosotros depende del otro y sólo podemos elegir entre garantizarnos mutuamente nuestra vulnerabilidad o garantizarnos mutuamente nuestra seguridad compartida. Dicho abruptamente: entre nadar juntos o hundirnos juntos. Creo que, por primera vez en la historia humana, el interés en uno mismo y los principios éticos de cuidado y respeto mutuo que todos tenemos, apunta a la misma dirección y exige la misma estrategia... La respuesta depende de nosotros (p. 186).

La auténtica y verdadera identidad inclusiva a la que se refiere el autor, trata de la asociación general de la humanidad de Kant, que en su opinión era exactamente, según Bauman (2010) lo que “la Naturaleza, tras ponernos en un planeta esférico, debió de haber intentado que fuera nuestro futuro compartido” (p.41). Pero el obvio inconveniente está en la práctica actual, donde el concepto de “humanidad” es solo un rostro de las innumerables identidades que participan en la guerra del desgaste. Lo que se puede ver, es que las identidades rivales tienen mayores ventajas, mientras que el ideal de “humanidad” parece hasta ahora ser la más débil, “carente de armas de coerción” como: Instituciones políticas, códigos legales, tribunales, etc., para darle resolución y solidez a los logros y lograr así ganar adeptos o asociados.

Pero entre los espacios fluidos que se tienen hoy, las diferentes zonas se encuentran despejada de una política y ética estables, y el intento por buscar un refugio seguro para dichos principios, se encuentran ocupados o cercados por identidades menos inclusivas, parciales y divisorias. A pesar de que el panorama no parezca dar tregua al ideal de “humanidad” la lucha por la misma continúa como una tarea no completada, como un deber. De lo que sí es consciente el autor, es de que:

El ideal de “humanidad” nunca se había enfrentado antes a este tipo de reto, porque una “comunidad que incluya a todos” nunca se había puesto en la lista de las prioridades, Una especie humana fragmentada y profundamente dividida se enfrenta hoy a este reto sin otras armas que el entusiasmo y la entrega de sus militantes (Bauman,2010, p. 170).

## La lucha de identidad en la modernidad

*Los diferentes significados que acompañan al uso del término identidad socavan las bases del pensamiento universalista*

Z. Bauman

En el centro de la identidad el autor Z. Bauman advierte una lucha interna entre dos postulados que constituyen dos intentos opuestos por volver a forjar la noción de identidad; uno de ellos es: el liberalismo, que bajo la forma de emancipación individual, defiende uno de los valores indispensables para el bien de la existencia humana y este es *la libertad* de elección; del lado contrario se encuentra el comunitario, que se identifica con la colectividad en aras de un beneficio social que le brinde a todos *la seguridad* de pertenecer a alguna parte. Con gran esmero se intenta sostener ese frágil equilibrio entre derechos individuales y derechos colectivos; dándose una auténtica paradoja. A lo que el autor alude:

La identidad es una idea completamente ambigua y una espada de doble filo. Puede ser un grito de guerra de individuos o de comunidades que desean que los primeros las imaginen. Unas veces el filo de la identidad está dirigido hacia “presiones colectivas” por individuos resentidos por la conformidad y que aprecian sus propias creencias (que “el colectivo” tachará de prejuicios) y sus propias formas de vida (que “el colectivo” condenaría como casos de “desviación” o “estupidez”, o al menos de anormalidad que requiere cura o castigo). (Bauman, 2010, p. 161).

Con referencia a lo anterior, el autor expone que, en tiempos pasados de modernidad sólida, había una tendencia hacia el totalitarismo; un régimen de poder que buscaba conformar una sociedad homogénea, oscureciendo de forma permanente cualquier horizonte inmediato. Esta sociedad totalitaria parecía ser el destino último al que se podía aspirar. Este momento de la modernidad se presentó como enemiga de lo ambiguo, de lo variado, y lo contingente; “anomalías” que iniciaron una lucha donde la autonomía y la libertad individual serían el alto precio a pagar. Ejemplos significativos de estas luchas de la modernidad, las plantean autores como Orwell y Huxley que presentan de forma acertada en sus obras, la reducción de las actividades humanas a simples y rutinarios movimientos. Esta falta de emancipación individual en los hombres de dicho tiempo la recoge el sociólogo Z. Bauman y la pone como evidencia en su obra *Modernidad Líquida* al decir:

La marcada modernidad trajo consigo movimientos fuertemente predeterminados que debían seguirse de manera obediente y mecánica, sin intervención de las facultades mentales y manteniendo a raya todo sesgo de espontaneidad e iniciativa individual, también el panóptico con sus torres de vigilancia y sus internos condenados a una vigilancia sin tregua; en Orwell, el Gran hermano que nunca duerme, siempre listo y dispuesto a recompensar a los leales y castigar a los infieles (Bauman, 2009, p. 2.5).

Es así que, ejemplos de estas luchas simultáneas de identidad se presentan a través de las distopías críticas, en obras como *1984* escrita por George Orwell y *Un mundo feliz* del filósofo británico A. Huxley. Esta última, muestra lo que es la servidumbre feliz de la utopía, donde la felicidad es el bien supremo bajo la dosis de una droga llamada “Soma” que sustituye la segura fuerza policial y el derecho al voto (libertad de elección) como el cimiento de la política. Las personas allí diariamente consumen esta droga sintética para ser felices, sin afectar su productividad y eficiencia. El Estado mundial que lo gobierna todo, no se ve amenazado por guerra alguna; huelgas, manifestaciones o revoluciones de ningún tipo, porque las personas allí están contentas con su condición de vida, sean estas las que fueren.

De esta forma, la exploración de la posibilidad de un presente diferente como la brinda el desconcertante mundo de Huxley, girado en torno a la deshumanización que viene dada por la pérdida de identidad a la espera por ganar una nueva. En Bauman esto no es del todo incoherente o inadmisibles, dado que:

La identidad entraña una lucha simultánea contra la disolución y la fragmentación; una intención de devorar y, al mismo tiempo, una resuelta negativa a ser comido [...] (Bauman, 2010, p. 164).

Por lo tanto, el escenario que plantea G. Orwell, no es menos alentador, una metáfora que sistemáticamente lleva a la destrucción del ser humano en una sociedad de control y manipulación total. No solo asociado a regímenes políticos totalitarios, sino a formas de control cada vez más eficaces con ayuda de las nuevas tecnologías. Parafraseando una de las más destacadas líneas en la obra de Orwell (2013) se muestra el panorama ensordecedor en que se vio envuelta la identidad del hombre moderno y su destino seguro, al pronunciar las siguientes palabras:

Si quieres un cuadro del futuro imagínate una bota estampándose contra un rostro humano. Se pueden poner muchos nombres a esa bota, pero el resultado es el mismo: la destrucción de aquello que es la seña de identidad, el rostro humano (p. 202).

En el caso de Orwell, el análisis que hace del totalitarismo se plasma en la realidad de ésta que es: El amor al Gran Hermano; haciendo innecesario cualquier tipo de control al haberse interiorizado en el sujeto la falta de libertad. Inclusive antes, en el siglo XVIII el filósofo Jeremy Bentham diseñó una estructura penitenciaria ideal, permitiendo a un vigilante observar (optición) a todos (pan) los presos del recinto sin que estos pudieran saber que eran observados. En su obra *El panóptico* (1979) se puede leer al inicio lo siguiente:

Si se hallara un medio de hacerse dueño de todo lo que puede suceder a un cierto número de hombres, de disponer todo lo que les rodea, de modo que hiciese en ellos la impresión que se quiere producir, de asegurarse de sus acciones, de sus conexiones, y de todas las circunstancias de su vida, de manera que nada pudiera ignorarse, ni contrariar el efecto deseado, no se puede dudar que un instrumento de esta especie, sería un instrumento muy enérgico y muy útil que los gobiernos podrían aplicar a diferentes objetos de la mayor importancia (Bentham, 1979, p. 34).

Con base en esto, para el siglo XX el filósofo francés Michel Foucault (2009) en su obra *Vigilar y Castigar* usa el panóptico de J. Bentham para urdir su archimetáfora del poder moderno, donde los internos confinados en celdas eran controlados. El dominio del tiempo, del espacio, y hasta el desgaste rutinario se convirtieron en las armas para mantener alienados y dóciles a los prisioneros bajo la presunta mirada del vigilante, en este caso el *poder*. Asimismo, se puede ver que las distopías críticas, exploran las posibilidades del presente, presentadas como futuro; por lo tanto, el futuro pasa a ser una proyección de los problemas sociales del presente, que deben ser tenidos en cuenta como una advertencia de lo que estamos siendo sobre la marcha.

En resumidas cuentas, se puede decir que el ejercicio del pensamiento llevado a cabo por las distopías, se puede dividir en el proceso de imaginar dos clases de futuros: peores o distintos. En el caso de la obra de Huxley, ésta haría parte de aquellas utopías, que piensan que el progreso humano y el tecnológico van de la mano; mientras los distópicos como Orwell disocian de los anteriores, al juzgar que el ser humano va de mal en peor para el futuro, al ser dominado y esclavizado por las nuevas ciencias de la tecnología.

Al final, la tendencia que se presentaba para la época era de corte totalitarista, y los pensadores del momento no se hicieron esperar para analizar y dar a conocer los alcances de dicho control al que estaba siendo sometido el hombre moderno; esto trajo consigo una naciente teoría, pensada para contrarrestar los efectos alienantes de dicho régimen en el sujeto. Surgió entonces un discurso emancipatorio desde la corriente de la Teoría Crítica que buscaba neutralizar la enajenación imperante; una tarea que emprendieron varios intelectuales, entre ellos, se encontraba uno que según Bauman se destacó por captar la esencia del dilema que se le presentaba al sujeto de la época; este sería el psicoanalista Erich Fromm (1958) con su obra *El miedo a la libertad*, quien en uno de sus capítulos afirmó:

Como nos hemos liberado de las viejas formas manifiestas de autoridad, no nos damos cuenta de que ahora somos prisioneros de estos nuevos tipos de poder. Somos autómatas que viven bajo la ilusión de ser individuos dotados de libre albedrío; esto ayuda a las personas a permanecer inconscientes de su inseguridad. En su esencia el yo del individuo resulta debilitado, dado que vive en un mundo con el que ha perdido toda conexión genuina y en cual todas las personas y las cosas se han transformado en instrumentos, y donde él mismo no es más que una parte de la máquina que ha construido. Piensa, siente y quiere lo que él cree que los demás suponen que él deba pensar, sentir, y querer; y en este proceso pierde su propio yo, que debería ser el fundamento de toda seguridad genuina del individuo libre (p.297).

Dados los aportes del pensador E. Fromm desde la teoría crítica, se abrió de nuevo la posibilidad de poner en juego una de las dos caras de la noción de identidad, en este caso, la de emancipación individual; dado que, el objetivo era defender la autonomía humana, contando con la libertad de elección y lo más importante, el derecho a ser y seguir siendo diferente. El propósito entonces, era el de liberar al individuo moderno de las fauces de una sociedad consumida por los apetitos totalitarios y homogenizadores, para transitar en las sendas de la autoafirmación y la libertad individual; separados de toda dependencia comunal, de vigilancia y coerción. Aun así, en la obra *Modernidad Líquida*, Bauman (2009) argumenta que esto no es del todo cierto y se puede leer al respecto lo siguiente:

Una vez que el rígido marco de los estamentos sociales fue quebrado la tarea de «auto-identificación» impuesta a los hombres y mujeres de la modernidad temprana ha quedado reducida al desafío de vivir «fiel a su clase» («a la altura de los vecinos»), de adecuarse a los tipos sociales de clases emergentes y modelos de conducta, de imitar,

siguiendo un patrón, de «a culturarse», sin perder el paso ni desviarse de la norma. Mientras que los primeros eran una atribución, las membrecías implicaban en gran medida un logro; las clases, a diferencia de los estamentos, exigían que uno se les «uniera», y las membrecías debían ser renovadas continuamente, reconfirmadas y aprobadas por el comportamiento de todos los días (p. 31).

De esta forma, la afirmación de E. Fromm y el argumento de Z. Bauman, establecen la evidente pugna en la noción de identidad. Por una parte, la búsqueda de un liberalismo bajo la forma de emancipación individual en el ejercicio de la teoría crítica; y por otra, la de su contrario, el comunitario, que se identifica en la colectividad (en el pertenecer a alguna parte, protegido, seguro, pero renunciando a lo particular). Un frágil equilibrio que acentúa la paradoja inicial. No obstante, respecto a lo que concibe Bauman, (bajo la forma de la reacomodación de la auto-identificación enmarcada en la colectividad), el teórico de Frankfurt S. Gandler (2009) da ciertas luces, respecto a la adecuación que se da en la modernidad sobre los tipos sociales de membrecías, nombrándolo con el término de *identidad forzada*. En su capítulo, “Modernidad e identidad. Actualidad de la reflexión político-social” En: *Fragmentos de Frankfurt: Ensayos sobre la teoría crítica*; arguye que:

El hombre de la modernidad está tratando con una *identidad forzada* entiéndase por esto, la masificación de la sociedad, donde la identidad particular se festeja más cuando cada vez existe menos. La soledad de cada individuo *diferente e idéntico* es la base necesaria de la masificación, es decir, la *igualdad forzada* se basa en la *diferencia forzada*, que a la vez provoca la masificación generalizada, el deseo y la obligación social de *distinguirse* en aspectos tan importantes como la marca del auto usado, el equipo de fútbol anhelado, el perfume aplicado, la telenovela preferida, incluso el hobby escogido (p. 126).

Según Gandler, el movimiento hacia la diferencia y el movimiento hacia la identidad, parecen ser dos inclinaciones opuestas; pero a pesar de las muchas discusiones que parten ingenuamente de esta primera apariencia, son ambas (diferencia e identidad) las expresiones de una misma dinámica moderna. Y es así que, volviendo a Fromm (1958), él nos dirá citando a Pirandello, (quien supo expresar de mejor forma en su momento), el sentimiento del hombre moderno al interrogarse de la siguiente manera:

¿Quién soy yo?, ¿Qué prueba tengo de mi propia identidad más que la permanencia de mi yo físico?” Su contestación a estas preguntas no es la misma que la de Descartes –la afirmación del yo individual– sino más bien de negación: “no poseo identidad, no hay yo, excepto aquel que es reflejo de lo que los otros esperan que yo sea; yo soy como tú me quieras”. Esta pérdida de identidad hace aún más imperiosa la necesidad de conformismo; significa que uno puede estar seguro de sí mismo sólo en cuanto se logra satisfacer las expectativas de los demás. Si no lo conseguimos, no sólo nos vemos frente al peligro de la desaparición pública y de un aislamiento creciente, sino que también nos arriesgamos a perder la identidad de nuestra personalidad, lo que significa comprometer nuestra salud psíquica (p. 298).

Al parecer, la paradoja se extiende más allá de lo que a simple vista se puede ver, en el sentido de que no se puede ser realmente libre sin sentirse plenamente seguro, pero con lo que no se cuenta es que la verdadera seguridad implica a su vez el ejercicio pleno de la libertad. De esta forma, se puede advertir en el trabajo del autor, que no hay una modernidad luchando contra una mal llamada posmodernidad, sino un pasaje extendido entre lo que fue una modernidad sólida hacia un movimiento o cambio de estado que llevó a una modernidad más fluida, en la que quedó engrampada la noción de identidad con todos sus avatares. Al respecto, el mismo Bauman (2009) sostiene que:

La búsqueda de identidad es la lucha constante por detener el flujo, por solidificar lo fluido, por dar forma a lo informe. Nos debatimos tratando de negar o al menos de encubrir la pavorosa fluidez que reina debajo del envoltorio de la forma, sin embargo, lejos de disminuir el flujo, por no hablar de detenerlo, las identidades son semejantes a las costras que se endurecen una y otra vez encima de la lava volcánica, que vuelve a fundirse y disolverse antes de haber tenido tiempo de enfriarse y solidificarse. Las identidades únicamente parecen estables y sólidas cuando se ven, en un destello, desde afuera. Cuando se las contempla desde el interior de la propia experiencia biográfica toda solidez parece frágil, vulnerable y constantemente desgarrada por fuerzas cortantes que dejan al desnudo su fluidez y por corrientes cruzadas que amenazan con despedazarla y llevarse consigo cualquier forma que pudiera haber cobrado (p. 89).

Este nuevo tránsito de modernidad fluida trajo consigo un escenario tan impredecible, que el mismo autor (Bauman, 2010) afirma: “En un escenario fluido, no hay forma de saber si se producirá una inundación o una sequía, por lo tanto, sería mejor estar preparado para ambas

eventualidades” (p.112). En este sentido, para el sujeto moderno, toda apariencia espontanea resulta sospechosa y negativa, dado el hecho, de que él solo cree en aquello que proyecta y domina. Pero ese mundo que existe sólo como reflejo (espejo del sujeto) lo deja en una profunda soledad. Un yo moderno solitario y paranoico, generado por la misma crisis de la modernidad, que a su vez se agudiza en una crisis de identidad, donde si nada es lo que parece entonces, ¿quién soy yo? A este cuestionamiento responde Zygmunt B. (2009) de la siguiente manera:

Cada época y cada tipo de sociedad tiene sus propios problemas específicos y sus pesadillas, y crea sus propias estrategias para mejorar sus propios miedos y angustias. En nuestra época la angustia aterradora y paralizante tiene sus raíces en la fluidez, la fragilidad y la inevitable incertidumbre de la posición y de las perspectivas sociales. Por otro lado, se proclama el libre acceso a todas las opciones imaginables (de ahí las depresiones y la auto condena: debo tener algún problema si no consigo lo que otros lograron); por otro lado, todo lo que ya se ganó y se obtuvo es nuestro “hasta nuevo aviso” y podría retirársenos y negársenos en cualquier momento. La angustia resultante permanecería con nosotros mientras la “liquidez” siga siendo la característica de la sociedad. Nosotros parecemos cada vez más preocupados por nuestra seguridad personal; todo indica que estamos dispuestos a entregar parte de la libertad que tanto costó a cambio de mayor seguridad (p. 106).

En esta diferenciada realidad, el individuo moderno aparece confundido y desgarrado en un mundo en el que han desaparecido las fronteras entre aquello que generaba seguridad (en las bases sólidas del pasado) y lo que se proyectaba como desconocido o incierto (lo que estaba por llegar); ahora, se habla de un futuro presente, ya anunciado por las distopías críticas. Una paranoia y soledad acoge al ser humano actual, pero una voluntaria lucidez emerge de él para engendrar una peculiar resistencia a eso, que sabe, no tiene escapatoria. Entonces se augura para el hombre el final del principio de algo por definir. En este caso, el resultado ambiguo que se genera ha creado una profunda crisis en el tejido social humano, fundando comunidades restringidas que restringen, que se cercan y cercan a otros a través de muros o barreras que impiden el libre acceso de unos con otros; convirtiéndose está en una tendencia manifiesta de la modernidad. El mismo sociólogo lo confirma manifestando que:

En las comunidades actuales, la tendencia prevalece en todos los continentes. Se trata de un intento desesperado de separarse de la vida incierta, desigual, difícil y caótica de “afuera”, pero las vallas tienen dos lados. Dividen el espacio en un “adentro” y un

“afuera” pero el “adentro” para la gente que vive de un lado del cerco es el “afuera” para los que están del otro lado. Cercarse en una “comunidad cerrada” no puede sino significar también excluir a los demás de los lugares dignos, agradables y seguros, y encerrarlos en sus barrios pobres. En las grandes ciudades, el espacio se divide en “comunidades cerradas” (guetos voluntarios) y “barrios miserables” (guetos involuntarios). El resto de la población lleva una incómoda existencia entre esos dos extremos, soñando con acceder a los guetos voluntarios y temiendo caer en los involuntarios (Bauman, 2009, p.175)

Esto nos permite ver que, las batallas de identidad no logran cumplir su función de identificación actualmente sin dividir tanto más de lo que unen. Sus propósitos globales (al parecer) se complementan a su vez con las intenciones de segregación y exclusión social. Por consiguiente, estas consideraciones confirman la sospecha del autor cuando alude a que: “Los diferentes significados que acompañan al uso del término identidad socavan las bases del pensamiento universalista (Bauman, 2010, p. 167)”. Sin embargo, existe una excepción a la regla bajo la forma de Asociación general de la humanidad (la *allgemeine Vereinigung der Menschheit* de Kant, que habla de la absoluta y verdadera identidad inclusiva de la raza humana) en la que según su opinión era exactamente lo que la Naturaleza, tras ponernos en este planeta, debió de haber intentado que fuera nuestro futuro compartido. Pero finalmente se revela que la competencia en las sesgadas luchas llevadas a cabo en el territorio de la identidad entre ellas la de “humanidad” (que intentó rescatar Kant), posee actualmente una clara desventaja. Y el pensador Z. Bauman (2010) lo manifiesta de la siguiente manera:

No obstante, en nuestra práctica actual, “humanidad” es sólo una de las innumerables identidades que actualmente están participando en una guerra de mutuo desgaste. Sea cierta o incierta la suposición de Kant de que se ha diseñado de antemano la unidad de la humanidad como resultado de esta guerra, la “humanidad” no parece disfrutar de ninguna ventaja evidente en armas ni estrategias, en comparación con otros elementos combativos menores en tamaño pero aparentemente más versátiles y con más recursos (p. 168).

Esto sugiere que, al lado de sus competidores o rivales menos inclusivos, la “humanidad” (como una identidad que abarca a todas las demás identidades) parece hasta ahora la más débil en vez de la más privilegiada y fuerte. Esto quiere decir que, en última instancia,

solo puede basarse en la entrega de sus adeptos postulados sin esperar mucho más. Aun así, (Bauman, 2010) concluye:

Por mucho que agucemos imaginación, la lucha de la humanidad por la autoafirmación no parece fácil, ni mucho menos se ha renunciado a su conclusión. Su función no consiste sólo en repetir una vez más una proeza que, a lo largo de la historia de la humanidad, se ha visto realizada muchas veces: sustituir una identidad más restringida por otra más inclusiva y hacer retroceder los límites de la exclusión. El ideal de humanidad nunca enfrentó este reto, porque nunca se pensó como una “comunidad que pudiera incluir a todos”. (p. 169).

## Referencias

- Aquevedo, E. (20, mayo, 2008). Cultura e identidad. Entrevista a Zygmunt Bauman, por Glenda Vieites [Mensaje en un blog]. Recuperado de <http://jaquevedo.blogspot.com.co/2008/05/cultura-e-identidad-entrevista-zygmunt.html>.
- Bauman, Z. (2008). *La sociedad sitiada*. Buenos Aires, Argentina: Fondo de Cultura Económica.
- Bauman, Z. (2009). *Modernidad Líquida*. Buenos Aires, Argentina: Fondo de cultura económica.
- Bauman, Z. (2010). *Identidad*. Buenos Aires, Argentina: Losada.
- Berman, M. (1989). *Todo lo sólido se desvanece en el aire: la experiencia de la modernidad*. Buenos Aires, Argentina: Siglo Veintiuno Política y sociedad. (2014). Zygmunt Bauman: “*durante treinta años hemos vivido en un mundo de ilusión*”. Recuperado de <http://www.politicaysociedad.net/entrevista-zygmunt-bauman-durante-treinta-anos-hemos-vivido-en-un-mundo-de-ilusion/#>
- Betham, J. (1979). *El panóptico*. Madrid, España: La piqueta
- Berman, M. (1989). *Todo lo sólido se desvanece en el aire*. Madrid, España: Siglo veintiuno editores.
- Fromm, E. (1958). *Miedo a la libertad*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Foucault, M. (2009). *Vigilar y castigar, nacimiento de la prisión*. Madrid, España: Siglo XXI
- Gandler, S. (2009). “Modernidad e identidad. Actualidad de la reflexión político-social”. (p.118-127). En *Fragmentos de la Frankfurt: Ensayos sobre la teoría crítica*. México: Siglo XXI
- Hall, S. (1993). “*Culture, community, nation*”, *Cultural Studies*. Buenos Aires, Argentina: Losada.
- Huxley, A. (2007). *Un mundo feliz*. Recuperado de <http://LeLibros.org/>
- Molina, V. (3 de diciembre del 2013). Zygmunt Bauman. *El cultural*. Recuperado de <http://www.elcultural.com/noticias/letras/Zygmunt-Bauman/4515>
- Lipovetsky, G., y Serroy, J. (2015). *La estatización del mundo: vivir en la época del capitalismo artístico*. Bogotá, Colombia: Anagrama.
- Orwell, G. (2013). *1984*. México: Debolsillo

Suárez, G. (17 de noviembre del 2016). Bauman: "En el mundo actual todas las ideas de felicidad acaban en una tienda. *El mundo*. Recuperado de <http://www.elmundo.es/papel/lideres/2016/11/07/58205c8ae5fdeaed768b45d0.html>

Terán, C. (2012). *Comunicación y Transformaciones Socioculturales Siglo XXI*. Recuperado de <http://es.calameo.com/read/000352545fa2f8ea3109c>

## **La identidad en un mundo líquido**

La modernidad ha estado sujeta desde la perspectiva del filósofo Zygmunt Bauman a un estado líquido, ya que, las condiciones actuales de la humanidad se encuentran en una disolución que encamina a una individualidad macro, porque ya, no son pequeños fragmentos de individualidades, sino, que la sociedad en ella misma las contiene a todas. Dada esta idealización de la identidad se especulara la fragmentación en estados: la emancipación, individualidad, tiempo/espacio, trabajo y comunidad. En este camino mostrara como se devela el hombre en la sociedad actual, los cambios reales que tiene la modernidad. Pensar en la posibilidad de un cambio es gratificante para la humanidad, Como lo expresa Herbert Marcuse (1989):

En cuento al presente y a nuestra propia situación, creo que nos enfrentamos a un nuevo momento de la historia, porque hoy debemos liberarnos de una sociedad relativamente funcional, rica y poderosa [...] El problema al que nos enfrentamos es la necesidad de liberarnos de una sociedad que atiende en gran medida a las demandas materiales e incluso culturales del hombre-una sociedad- que, por usar un eslogan, reparte sus mercancías a un amplio sector de la población. Y esto implica que nos enfrentamos a la liberación de una sociedad en donde la liberación no tiene el aparente sustento de las masas. (p.227)

En este caso, se da el primer paso; la emancipación, en el cual, se genera un sentimiento de liberación en el hombre, porque está en las manos de cada quien, por ejemplo: algunos se sienten aterrados ante esta situación, dado que en la mayoría no existe deseo alguno, y muchos menos estaban dispuestos a esto de liberarse, porque es generar todo tipo de rotura que se había establecido. Un ejemplo de esta actitud desinteresada; seda en el hombre moderno que no está acostumbrado a escuchar la verdad, además surge una sospecha que les genera al pensar entrar en dicha liberación.

En esta indiferencia que se encuentra sumergido el ser humano es un camino sin salida porque entre más siente que avanza a la vez es un retroceso por las circunstancias que vive. Este caso, es la sociedad la principal culpable sometiendo y generando una coerción social, la cual, no es una esclavitud externa, sino, que deviene de su propia naturaleza pre-social o asocial del hombre y la única esperanza razonable de libertad a los que los humanos pueden aspirar según Emile Durkheim (2000) es:

El individuo se somete a la sociedad y esta sumisión es la condición de su liberación. Para el hombre, la liberación consiste en librarse de las fuerzas físicas ciegas e irracionales; lo consigue oponiéndoles la enorme e inteligente fuerza de la sociedad, bajo cuya protección se ampara. Poniéndose bajo el ala de la sociedad se vuelve, en cierta medida, dependiente de ella. Pero se trata de una dependencia liberadora, no hay contradicción en ella. (p.115)

Pensar en un hombre sometido en la sociedad según Durkheim es algo bastante certero, porque en sí, el ser humano está enseñado a actuar de acuerdo a unas determinadas situaciones, por ejemplo: si existe una toma de decisión en un momento dado esta se dará bajo su concientización. Habría que decir también que estar inmerso en este mundo, ha dado pie a creernos modernos y en sí, no lo somos porque habrá cambiado todo, es decir, mientras se vive esta modernidad en unos años habrá otra, y así consecutivamente se especularán otras concepciones.

Vivimos en una sociedad que ha dejado de cuestionarse por sí misma, una sociedad que no reconoce a otra, olvidando su deber como sociedad. Y esta libertad sin precedentes que nuestra sociedad nos ofrece al llegar también negativa por que no tiene precedentes, provocando un tipo de suicidio. Así como lo expresa Alian Tourin (1998):

la muerte de la definición del ser humano como ser social humano, definido por su lugar en una sociedad que determina sus acciones y comportamientos” en cambio el principio de combinación la definición estratégica de la acción social no orientada por las normas sociales y las defensas, por otra parte, de todos los actores sociales, de su especificidad cultural y psicológica [...] puede encontrarse en el individuo, y ya no en las instituciones sociales o los principios universales. (p.177)

El hombre pretende buscar su libertad por medio de la emancipación; es un preocuparse por sí mismo ignorando todo suceso a su alrededor, se encuentra en una sociedad consumista, en la cual la satisfacción inmediata es su principal función con un intento desesperado de pertenecer a esa sociedad capitalista consumista. Por ejemplo: solo tendrá oportunidad de satisfacer las necesidades básicas los de menor poder, en cambio, los de alto poder tendrán más opciones adquisitivas produciendo una conformidad ante los demás. Y así mismo, el hombre se caerá ante el consumismo y su identidad no será suficiente para salvarlo de ser parte de una sociedad sinóptica.

Como acto de emancipación y autoafirmación personales, la individualidad parece afectada por una aporía connatural a ella: una contradicción insoluble. Necesita que la sociedad actúe tanto de cuna como de destino suyos. Quienquiera que busque su propia individualidad olvidando, desestimando o minimizando esa pura y sombría verdad, está condenándose a sufrir una gran frustración. La individualidad es una tarea que la propia sociedad de individuos fija para sus miembros, pero en forma de tarea individual, que, por consecuencia, ha de ser llevada a cabo individualmente (por individuos en uso de sus recursos individuales). Se trata, sin embargo, de una tarea contradictoria y contraproducente: en el fondo, imposible de realizar. (Bauman, 2005, p.22)

En esta sociedad moderna se ha establecido un gran cambio en la noción de hombre que fue transformado al concepto de individuo, dicha reforma le ha dado un rol más significativo. Esta individualización es una forma más clara de pensar el hombre fuera de una sociedad, pero su mayor impacto es el giro que le da al concepto de identidad al considerarse como una tarea y no algo dado, es poner a cargo a los actores responsables de dicho quehacer y desempeño, es

decir, establecer una autonomía. Los humanos no nacen con identidad, sino que se va formando con un estilo de vida que uno mismo crea o que se adapta en ella, como afirma Bauman (2009):

La necesidad de transformarse en lo que uno es constituye la característica de la vida moderna- y solamente de ella (no de la individualización moderna, ya que esa expresión es un pleonismo evidente; hablar de individualización y de modernidad es hablar de una sola e idéntica condición social). La modernidad reemplaza la heteronomía del sustrato social determinante por la obligatoria y compulsiva autodeterminación. (p.37)

En sí, esto se da en toda la modernidad y sus etapas al respecto con la individualización, que no es una elección, sino un destino, pero no debe confundirse el individuo predestinado, y con él que se crea una práctica de autoafirmación, por ejemplo: la autocontención y la autosuficiencia de la individualización es una ilusión; los humanos ya no pueden escapar y culpar a alguien más de sus frustraciones, dado esto utilizan otros medios para su sanar sus infortunios refugiándose en el consumo. Este primer caso se evidencia la existencia del individuo *jure*; es el que no encuentra a quien echarle la culpa de su propia desdicha, para salir de ella tiene que volver a intentarlo, una y otra vez más, cada vez con más fuerza. Es decir, vive una situación compleja, en la cual la vuelve en algo tangible para poder encontrar una solución y tratarlo desde una acción. En cambio, el individuo *facto* es que el controla su propio destino y que realmente toma las decisiones basándose en lo que realmente desea ser y hacer.

Pensar en el paso que se debe de hacer de un individuo *jure* a un *facto* este debe primero transformarse en un ciudadano (es el que piensa en un bien común). “No hay individuos autónomos sin una sociedad autónoma, y la autonomía de la sociedad exige una autoconstitución deliberada y reflexiva, algo que solo puede haber alcanzado por el conjunto de sus miembros” (Bauman, 2009, p. 46) esto ha producido que haya acciones, a partir de la experimentación sin precedentes y sin consecuencia de este, creando una brecha entre la autoafirmación y el control de los mecanismos sociales, arrojándose a un abismo, donde constantemente está la situación; ensayo/error, reflexión crítica y abierta experimentación que hay que tratar colectivamente y sus diferentes categorías o actores sociales en su proceso histórico.

La individualización es un hecho confirmado, dado esta situación toda nuestra vida tiene que girar en torno a la aceptación de este suceso. El que hacer impuesto a los humanos era el mismo que se inició en la modernidad: auto-constituir su vida individual, crear lazos emocionales con otros individuos auto-constituidos y cuidar de ellos. Este tipo de tarea no era juzgado por los teóricos críticos, pero si dudaban de los intereses humanos liberados para cumplir dicha labor, estos pensadores lo único que hacían era develar a luz todo lo que obstaculiza llegar a la emancipación, pero esto era lo que acontecía en la modernidad.

Vivir en un mundo moderno que cada vez ofrece y pide más es algo seductor, logrando ser estimulante, es un estilo de existencia que no tiene nada predeterminado y menos irrevocable todo es cambiante. Vivir en estas opciones infinitas es la grata sensación de sentirse libre, ser libre y posibilitando convertirse en ser alguien. Es la sensación de satisfacer todo tipo de necesidad, pero este estado no provoca placer del todo y tampoco su opuesto porque no eres

más libre tu propósito y no eres tú mismo cuando te vuelto alguien ya que cierra toda libertad y debe de permanecer abierta. Pero este juego, continua, porque faltan muchas cosas para vivir en este mundo lleno de posibilidades y tiene demasiado para ofrecer, haciéndole una grata invitación a los cumplen la función de consumidores. Pero debemos de advertir que este tipo de rol no se basa por un simple deseo, sino, en la libertad desaforada que se da cuando se realizan las fantasías y anhelos, como lo observa Ferguson (1996):

Vincula el consumo con la autoexpresión, y con la idea del gusto y la discriminación. El individuo se expresa a si mismo por medio de sus posesiones. Pero para la sociedad capitalista avanzada, comprometida con la expansión de su producción, ése es un marco psicológico restrictivo, que en última instancia crea una “economía” psíquica muy diferente. El anhelo reemplaza al deseo como fuerza motivadora del consumo. (p.205)

Continúa Ferguson (1996):

En tanto la facilitación del deseo se basaba en la comparación, la vanidad, la envidia y la necesidad de auto-aprobación no hay fundamento detrás de la inmediatez del anhelo. La compra es casual, inesperada y espontánea. Tiene una cualidad de sueño, expresa y satisface el anhelo que, como todos los anhelos, es insincero y pueril. (p.31)

Dada esta situación, estamos en una época donde la gente sufre por no ser capaz de poseer el mundo totalmente, porque cada vez que tenemos la sensación de estar llenos se vive un momento de plenitud, pero éste solo dura un corto plazo de tiempo, cuando esta impresión compara al mundo externo, renace el vacío de nuevo y así consecutivamente. Esto aplica en todas las dimensiones del hombre creando una ilusión óptica, esta tiene la función de hacer que el ser humano vea la vida de los otros como si fuera una obra de arte, y así mismo, este que observa quiere tener una vida como una obra de arte.

Pero que es ¿una vida como obra de arte? La respuesta seda con lo que llamamos identidad; esta noción representa a algo armonioso, lógico y coherente ante nuestra desesperación. “La búsqueda de la identidad es la lucha constante por detener el flujo, por solidificar lo fluido, por dar forma a lo informe” (Bauman, 2009, p.89). Esta se aferra desesperadamente a las cosas sólidas y tangibles, que les aseguran de algo duradero y seguro a pesar de sus cambios, pero aun en sí seguirán tras de ellos. Suceda lo que suceda seguirá siendo una ilusión que solo se contempla desde afuera como si está fuera estable y sólida, sabiendo que su interior es frágil, fluida y amenaza con desaparecer cualquier forma que haya tenido.

La «identidad» se transforma de un *zuhanden* heideggeriano en un *vorhanden*; llama la atención (o, como diría Alfred Schütz, desplaza sobre ella el foco de la «relevancia temática») tanto si lo que se pone en entredicho es la individualidad como la pertenencia. Se enfrenta, pues, a una alternativa dual: ser útil al intento de lograr la emancipación individual o, del mismo modo, serlo al intento de integrarse en un colectivo con la anulación de la idiosincrasia individual que ello conlleva. La búsqueda de identidad siempre se ve tensada en direcciones opuestas: se realiza bajo un fuego cruzado y sometida a la presión de dos fuerzas que se contravienen mutuamente. Toda identidad reclamada y/o ansiada se ve envuelta en un dilema (el de la identidad como

*problema* frente a la identidad como *tarea*) y su lucha por emanciparse del mismo será siempre infructuosa. Navega entre los extremos de la individualidad intransigente y el sentimiento pleno de pertenencia a un colectivo; el primero de ellos es inalcanzable, pero el segundo succionará y tragará como un agujero negro todo aquello que flote en sus inmediaciones. Cuando se la escoge como destino, la identidad provoca inevitablemente movimientos de oscilación entre esas dos direcciones. Por ello, la «identidad» reserva peligros potencialmente mortales tanto para la individualidad como para la colectividad, aunque ambas recurran a aquella como arma de autoafirmación. (Bauman , 2005. P.34)

En este nuevo mundo donde todo es inestable cobra un nuevo sentido la identidad donde pasa de ser un periodo de identidad “auténtica” a otra identidad basándose en la ironía hasta la contemporánea, cuando esto suceda aparece al llamado identidad asociativa, la cual se basa en una relación entre lo interior con lo exterior, así mismo, convirtiéndose en las identidades oscilantes. El significado más antiguo de identidad ha perdido solides y definición en una sociedad moderna refiriéndose en personas y cosas. La identidad experimentada y vivida solo es sólida desde la fantasía y ensoñación, un ejemplo claro de esto se produce en las tendencias de la moda o cuando alguien desea tener una imagen que vio, es decir, cuando alguien desea tener la pinta soñada. En esta sociedad se genera el compartir del consumo es una independencia del comprar es como una libertad individual, pero de ser diferente porque da a tener una identidad. Un ejemplo, de este suceso se presenta en la inestabilidad y flexibilidad de la identificación cuando se expone a la acción de ir de compras, alejándonos de una emancipación, dando a luz a una redistribución de libertad es por eso, que se crea un deber de auto-identificación que tiene diferentes efectos, pero esta tarea nos compete a todos, debe ser desarrollada individualmente y condiciones diferentes, por otra parte, crea una división humana y competencia, pero llegando al objetivo de generar una condición humana de cooperación y solidaridad.

Este sentimiento de solidaridad logra implantar una impresión al ser humano de pertenecer a una comunidad, de generar ese afecto de pensar que todos somos iguales, todos compartimos la misma opinión, todos tenemos los mismos deseos, semejantes, etc... pero estos ideales son demasiados atractivos porque crean una pluralidad y multivocalidad de su contexto, en palabras de Sennett:

Las imágenes de solidaridad comunitaria se forjan para que los hombres puedan evitar el deber de enfrentarse mutuamente [...] Mediante un acto voluntario, una mentira si se quiere, el mito de la solidaridad comunitaria dio a los humanos modernos la oportunidad de ser cobardes y ocultarse de los otros [...] La imagen de la comunidad es purificada de todo lo que pudiera expresar diferencia, y más aún conflicto, en cuanto a quienes somos nosotros. (pp.34-36)

Este sentimiento de identidad común es una trampa mortal porque falsifica todo tipo de experiencia, de este modo existen maestros del engaño y la confusión en los templos del consumo porque demuestran una realidad de esta sociedad moderna. El camino hacia la identidad es una batalla continua y una lucha interminable entre el deseo de libertad y la necesidad de seguridad, agravada, además por el miedo a la soledad y el terror a la

incapacitación. De ahí que el resultado de las «guerras de identidad» tienda a no ser concluyente y que estas sean, muy probablemente, imposibles de ganar: la «causa de la identidad» continuará siendo el instrumento empleado en ellas aun cuando se la disfrace de objetivo de las mismas.

Una de las relaciones más gratificantes en una modernidad solidaria era la unión de espacio/tiempo, pero dado a un estado líquido estos han sido separados, actualmente están en una permanente lucha entre en sí. El tiempo se ha degradado con los avances tecnológicos que en cuestión de un clic estamos donde antes era una aventura llegar a ese lugar, logrando conquistar al espacio. En este último, se encuentra una de las escenas más líquidas desde la convivencia humana, en esta ocasión se refiere a los lugares que tiene cierto propósito de su existencia, en ellos actualmente hay una necesidad incontrollable de exclusión. Así como lo expresa Bauman (2009):

los esfuerzos por mantener a distancia del “otro”, el diferente, el extraño, el extranjero, la decisión de excluir la necesidad de comunicación, negociación y compromiso mutuo, no solo son concebibles, sino que aparecen como la respuesta esperable a la incertidumbre existencial a la que han dado lugar la nueva fragilidad y la fluidez de los vínculos sociales [...]La aprensiva atención que se presta a sustancia que entran al cuerpo a través de la boca o la nariz, y la también aprensiva atención que se presta a los extraños que se filtran subrepticamente en el vecindario del cuerpo coexisten lado a lado dentro del mismo encuadre cognitivo. Ambas inducen el deseo de expulsarlo(s) de mi (nuestro) sistema. (p.117)

Esto se ha generado por un sentimiento de inseguridad que tiene el ser humano, donde prefiere estar solo para sentirse tal como él es, y no pertenecer a una sociedad que no tiene destrezas de convivencia.

Develando el camino hacia una identidad se encuentra el tercer rumbo: en esta nueva dimensión de espacio/tiempo está establecido un espíritu de competencia para todos aquellos que se encuentran en ella, y está, afecta directamente a los trabajadores y su supervivencia, dado que, los encargados de la empresa harán lo necesario para continuar ocupando sus actuales cargos, así tengan que reducir el personal o lo que haya que hacer para ganarse un tipo de reconocimiento de las altas elites. Porque en ellos existe un miedo a perder la competencia, a ser devastado o que lo expulsen de la empresa, esto permite que haya el juego de fusión/reducción, este juego no tiene fin porque su único propósito es permanecer en él.

Es difícil concebir una cultura a la eternidad, que rechaza durable. Es igualmente difícil concebir una moralidad indiferente a las consecuencias de las acciones humanas, que rechaza responsabilidad por los efectos que esas acciones pueden ejercer sobre otros. El advenimiento de la instantaneidad lleva a la cultura y a la ética humana a un territorio inexplorado, donde la mayoría de los hábitos aprendidos para enfrentar la vida han perdido toda utilidad y sentido. (Bauman, 2009, p.137)

La influencia de la sociedad líquida no solo afecta la parte social del ser humano, también al trabajo proyectándolo como un bien para todos, a la esencia del trabajo individual.

En este sentido se muestran dos caras del trabajo: la primera es gracias al esfuerzo del trabajador se logra tener capitales financieros porque en ellos está el trabajo, la segunda cara, al empleado le brindaban un trabajo estable, a largo plazo donde construía lazos afectivos con sus compañeros y un sentido de pertenencia que generaba una identidad hacia la empresa, pero ahora, lo único importante es que haya una gratificación instantánea, no es necesario un contrato a largo plazo, ni muchos menos vínculos afectivos o identidades, lo único que importa es una producción inmediata.

El pasaje del capitalismo “pesado al liviano y de la modernidad sólida a la fluida o líquida constituye el marco en el cual se inscribe la historia de la mano de obra. También ayuda mucho a comprender los escabrosos meandros de esas circunvoluciones” (Bauman, 2009, p.177) los ejemplos que se trajeron alusión no son fantasías y nada por el estilo, solo se entienden si se colocan desde un estilo de vida,

el escenario social en el que la gente (pocas veces por su propia elección) lleva adelante sus asuntos, que se ha transformado radicalmente desde los tiempos en que los obreros que llenaba las fábricas de producción en masa cerraron filas para lograr condiciones más humanas y gratificantes cambio de su trabajo, tiempo en los que los teóricos y los activistas del movimiento obrero percibieron en esa solidaridad obrera el embrión todavía inarticulado (pero latente y a la larga incontenible) del deseo de una sociedad buena que encarnara los principios universales de la justicia (Bauman, p.177)

La temporalidad de los vínculos humanos se vuelve una predicción auto-cumplida, porque este tipo de lazos afectivos no necesita ser construidos con esfuerzo y sacrificios, dado que se crean desde una satisfacción inmediata, un ejemplo: es cuando se compra algún objeto, este no se rechaza desde que dure su satisfacción después de que pasa ese suceso, ya no vuelve a satisfacer nunca más. En esta sociedad se vive en un constante peligro de colapso porque cualquier traspie puede ser un desastre.

La carencia o falta de recursos necesarios para la existencia social ha colocado al mundo en una visión del consumo, pensar esto, es incluir a todos los seres humanos como artículos de consumo. Al hacer este tipo de categorización todo vínculo afectivo entra a un conflicto, esto se refleja en las personas inseguras que cuando aparece algún obstáculo en su satisfacción se frustra, y no tiene ninguna paciencia con nadie y nada que le impida su frustración. Además, fuera del consumo (actividad solitaria) y la desintegración de los valores humanos existe la producción que por lo general requiere de la cooperación de varios para poder desarrollar las más complejas labores y realizar el producto. A diferencia del consumo todo se da individualmente, así sea cualquier tipo de situación.

A través de nuestra propia historia y la estructura de una sociedad que ha permeado el ideal de la formación del hombre creando la visión del individuo (pero no con énfasis en el desarraigo o sin ataduras), lo que se busca es una persona escolarizada/socializada que se reafirma y se construye a sí mismo. Este tipo de iniciativa que se ha venido expuesto alrededor de la modernidad con la influencia de la noción de identidad nos permite dar conocer la última instancia que se presenta como la comunidad.

La imagen de la comunidad ha sido purificada de todo lo que pudiera provocar algún sentimiento de diferencia, por no hablar de conflicto, en el nosotros. De este modo, el mito de la solidaridad comunitaria es un ritual de purificación [...] lo que distingue a esta mítica pertenencia a una comunidad es que las personas sienten pertenencia y pueden compartir todo, porque son iguales [...] El nosotros que expresa el deseo de ser similar es una manera de evitar la necesidad de un individuo de ver más profundamente los demás. (Bauman, 2009, p.191)

A diferencia de la «comunidad» (un todo al que se le dio ese nombre retrospectivamente, en el momento mismo en que un nuevo escenario, con el nombre de «sociedad», se afanaba por ocupar el vacío normativo dejado por la retirada de aquel), los nuevos poderes normativos («sociales», que no «comunales») se limitaron, en general, al ordenamiento del espacio social que podía ser abarcado exclusivamente con ayuda de la imaginación. Fuera de su ámbito se quedó el terreno de las relaciones interpersonales, el microespacio de la proximidad y del cara a cara. Dentro de ese microespacio, pudieron desplegarse libremente a partir de entonces herramientas que se habían mostrado utilizables y eficaces hasta ese momento en la interacción personal, aunque dedicadas ahora a la actividad conocida como «socializar», es decir, a las interacciones humanas cotidianas, al establecimiento y la revocación de compromisos y lazos entre las personas, y a la elección de una estrategia para llevar a cabo todas esas tareas. (Bauman, 2005, p.25)

El asecho que ha tenido el individuo en esta modernidad líquida ha producido diferentes tipos de comunidades: la primera es la explosiva; permeada por la época líquida de una manera de reproducción territorial, su cualidad se basa en que no tiende a seguir las restricciones territoriales, “al igual que las identidades que crean y que mantienen precariamente con vida entre explosión y extinción. Su naturaleza explosiva resuena bien con las identidades de la modernidad líquida: al igual que esas identidades, las comunidades tienen a ser volátiles, transitorias, monoaspectadas o con un solo propósito. Su tiempo de vida es breve, lleno de sonido y furia (Bauman, 2009, p. 211). El segundo es la de guardarropas; está dirigida a las personas que en momentos indicados siguen un propósito o una norma para asistir alguna situación, un ejemplo de esto, se basa cuando se asiste a un espectáculo o una obra de teatro donde todo está planeado. Este tipo de eventualidades o espectáculos son necesarios y han reemplazado la causa común. Esta época ha marcado la diferencia de la naturaleza de sus identidades actuales, a su vez explica los traumas generados por la institución. La tercera: es el carnaval, es decir las comunidades de la cuestión, esta permite darle un suspiro a la situación de los *individuos jure* que arreglan solos sus problemas. Además, las comunidades explosivas alejan todo tipo de soledad. “ya sean de guardarropas o de carnaval, las comunidades explosivas son un rasgo tan indispensable del paisaje líquido/moderno como la soledad de los *individuos de jure*, y sus ardientes pero vanos esfuerzos por elevarse al nivel de los *individuos de facto*” (Bauman, pp.211-212).

Como expresa Bauman (2009):

Un efecto de las comunidades de guardarropa/carnaval es impedir la condensación de las “genuinas” (es decir, duraderas y abarcadoras) comunidades a las que imitan y a las

que (falsamente) prometen reproducir o regenerar nuevamente. En cambio, lo que hace es dispersar la energía o los impulsos sociales y contribuyen así a la perpetuación de una soledad que busca –desesperada pero vana mente- alivio en los raros emprendimientos colectivos concertados y armoniosos. Lejos de ser una cura para el sufrimiento provocado por el infranqueable abismo que se abre entre el destino del *individuo de jure* y el del *individuo de facto*, son realidad síntomas y a veces factores causales del desorden social típico de la condición de la modernidad líquida. (p.212)

Dada esta situación que cada día se establece más fuerte en los seres humanos se han creado mecanismos que son difíciles de romper porque hay una individualidad colectiva; en donde solo se puede confiar en sí mismo, además su seguridad está por encima de cualquier otra, no hay intereses comunitarios. El Estado era el único que brindaba este tipo de seguridad, libertad y garantías al colectivo, pero eso dejó de funcionar, solo queda tratar de conseguir todo aquello que antes era posible en comunidad, pero ahora no lo es. La diferencia del Estado en una modernidad sólida era que el individuo se sentía que tenía un futuro así sea incierto, pero lo tenía, ahora en una modernidad líquida todo esto se ha esfumado, existe un temor al proyectarse en unos años porque no va encontrar nada. El Estado ya no es un benefactor, ha perdido su papel y ahora en día es un mediador entre los altos y bajos rangos tomando un camino distinto, es por eso que el individuo solo adopta encontrar esa seguridad en sí mismo, evaporada entre los poderes de los mercados financieros.

En conclusión, Bauman expresa detalladamente sobre la situación que vive el hombre en la modernidad: la identidad como el eje central de este trabajo, el discurso que se maneja en nación a ella, es que esta en busca de dos valores, la libertad y la seguridad que son necesarios para tener una vida digna y feliz. Estos dos caminos son muy difíciles para proclives o coordinarse entre ella misma, a su vez, también corre el riesgo de verse contradicha por la otra, es un constante juego. Sin embargo, en la vida humana se requiere que haya de la libertad como de la seguridad la idea es que haya un equilibrio entre ambas, pero dada la historia esto ha tenido fallas y que sea inalcanzable, cualquier quiebre de seguridad permite que exista una abundancia de libertad produce una incertidumbre, pero cuando la falla es de la libertad, la seguridad se muestra como una experiencia que se vive sin percatar a quien la soporta, refiriéndose a ella con el hombre dependencia. Así mismo, continúa Bauman (2005):

El actual discurso de la identidad se mueve inseguro en medio de todas estas contradicciones, ambigüedades y trampas ocultas. La práctica totalidad de proposiciones que genera son un maná para aquellos a quienes va dirigido ese discurso y para quienes lo practican, pero son un veneno para otros. Y pasa de veneno a manjar y de manjar a veneno en función de las situaciones (rápida e imprevisiblemente cambiantes) de las vidas de todos ellos. (p.42)

El ideal del individuo que se forma a sí mismo fue nuevo paso que emergió después de los modernos hasta los premodernos. Así mismo viviendo una retirada por parte de la comunidad y su sistema, con el fin de evitar que se proclamara de problemas se convirtió en un problema por sí mismo, esta situación no podía seguir igual porque era necesario crear un camino y velar por su permanencia, es decir: El «así son las cosas» se convirtió en el «así hay

que hacer las cosas». “La sociedad («comunidad *imaginada*» que reemplazó a la comunidad de verdad, a la que ocultó de nuestra vista con su luz deslumbrante, o entorno social que no necesitaba y no habría resistido el uso de la imaginación para el autoexamen) representaba esa nueva *necesidad* (sin elección) como *derecho* humano que había costado mucho conquistar” (Bauman, 2005, p.30)

Sumergidos en una sociedad líquida, lo último que se puede esperar es un cambio en mucho tiempo, porque nuestra historia nos ha traído hasta este punto donde no hay una salida rápida. Lo único que ha resistido es la percepción de una identidad externa a nosotros que logra captar nuestra atención, seduciéndonos a querer ir por ella, logrando salir de esa sociedad consumista que nos encierra. Sin embargo, cuando estamos en ella, no creemos en está, y volvemos al estado de una sociedad líquida y consumista, en sí, una modernidad líquida.

En líneas muy generales, quienes esperan obtener y retener seguridad exponiéndose a los riesgos y los peligros de la libre elección suelen poner el énfasis en las virtudes de una identidad infra determinada e infra definida —no fijada, incompleta, de final abierto y, sobre todo, fácil de desechar o de revisar—, mientras que quienes son víctimas de las guerras de identidad y objeto de estereotipos coercitivos —apartados de las opciones deseables y demasiado intimidados por su propia inseguridad como para contemplar seriamente la posibilidad de desafiar las reglas del juego— optan por la identidad como derecho de nacimiento, marca indeleble y propiedad inalienable. (Bauman, 2005, p.45)

## Bibliografía

- Bauman, Z. (2005). *Vida líquida*. Recuperado de <https://circulosemiotico.files.wordpress.com/2012/10/vida-liquida-zygmunt-bauman.pdf>
- Durkheim, E. (2000). *Sociología y filosofía*. Buenos Aires, Argentina: fondo de cultura económica.
- Ferguson, H. (1996). *The lure of Dream: Sigmund Freud and the Construction of Modernity*. Londres, Inglaterra: Routledge.
- Marcuse, H. (1989). *Liberation from the affluent society*. Londres, Inglaterra: Reader.
- Touraine, A. (1998). Can we live together, equal and different: recuperado de <http://journals.sagepub.com/doi/abs/10.1177/136843198001002002>

## RESUMEN

El concepto de identidad se presenta en tiempos modernos de forma ambigua y en constante transformación. Es por eso que, mediante un análisis cultural de las dinámicas sociales en el marco de las prácticas instrumentalizadas de consumo, se pretende problematizar la identidad en conversación con varios autores y sus obras, entre los que se encuentran filósofos y sociólogos destacados tales como: Zygmunt Bauman con dos de sus obras *Modernidad líquida* e *Identidad*. En primer lugar, se planteará un acercamiento al concepto de identidad, desde su forma elusiva y ambivalente. En segundo momento exponer la ambivalencia del concepto de identidad desde una crítica marcada a la sociedad moderna capitalista occidental; desde la postura individualista y colectiva. Y en el tercer momento, De esta forma, se hace un llamado a pensar y reflexionar en torno a la confusión que le genera al individuo de hoy la ambivalencia de intentar responder a la cuestión de una identidad auténtica en el contexto de *Modernidad líquida*, obra del ya mencionado autor Z. Bauman.

### PALABRAS CLAVE:

Identidad, instrumentalizada, modernidad sólida, modernidad líquida, consumo, crítica, fragmentos, individualidad, comunidad, libertad, sociedad, estado.